



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

100880  
15705

## PREFACIO

Cuando el Imperio, hubo en París trece hombres igualmente animados del mismo sentimiento, dotados todos de energía suficiente para ser fieles al mismo pensamiento, bastante probos entre sí para no hacerse traición, aun cuando sus intereses estuviesen encontrados, bastante profundamente políticos para disimular los lazos sagrados que les unían, bastante fuertes para sobreponerse á todas las leyes, bastante atrevidos para emprenderlo todo, y bastante felices para haber logrado casi siempre lo que se proponían. Habiendo corrido los mayores peligros, pero guardando silencio acerca de sus derrotas, inaccesibles al miedo y sin haber temblado nunca ante el príncipe, ni ante el verdugo, ni ante la inocencia, se habían aceptado todos tal cual eran, sin tener en cuenta preocupaciones sociales. Tal vez eran criminales; pero se distinguían por algunas de las cualidades que adornan á los grandes hombres y á los seres excepcionales. En fin, para que nada falte á la sombría y misteriosa poesía de esta historia, estos trece hombres han permanecido desconocidos, no obstante haber realizado las ideas más extravagantes que sugiere á la imaginación el fantástico poder falsamente atribuído á los Manfredo, á los Faust, á los Melmot, y todos hoy están, si no muertos, por lo menos dispersos. Se han sujetado apaciblemente al yugo de las leyes civiles, imitando en esto á Morgán, el Aquiles de los piratas, que se hizo tranquilo colono después de haber sido bandido, y que disfrutó sin remordimientos, al calor del hogar doméstico, de los millones amontonados con la sangre á la roja claridad de los incendios.

Después de la muerte de Napoleón, una casualidad que el autor no debe relatar, disolvió los lazos de aquella vida secreta, curiosa y siniestra á veces, cual si se deslizase en la novela más negra de la señora Radcliffe. El permiso para

contar á su antojo algunas de las aventuras que les ocurrieron á aquellos hombres, si bien respetando ciertas conveniencias, le ha sido concedido recientemente al autor por uno de aquellos héroes anónimos que tuvo á la sociedad entera ocultamente sometida y en el que creyó haber sorprendido un vago deseo de celebridad.

Este hombre, joven aún en apariencia, de cabellos rubios, ojos azules y cuya voz dulce y clara parecía anunciar un alma afeminada, era pálido de cara y misterioso en sus maneras, hablaba con amabilidad, pretendía no tener más de cuarenta años y parecía pertenecer á una de las clases más elevadas de la sociedad. El nombre que había tomado parecía ser un nombre supuesto; en el mundo su persona era desconocida.

Al confiar al autor las cosas extraordinarias que le ha revelado, el desconocido tal vez quería verlas reproducidas de algún modo y gozar de las emociones que harían nacer en el corazón de la multitud; sentimiento éste análogo al que animaba á Macpherson cuando el nombre de Ossian, creado por él, se suscribía en todos los lenguajes. Y esto era indudablemente para el abogado escocés, una de las sensaciones más vivas ó por lo menos más raras que el hombre puede procurarse. ¿No es esto la incógnita del genio? Escribir el *Itinerario de París á Jerusalén*, es tomar su parte en la gloria humana de un siglo; pero dotar á su país de un Homero, ¿no es usurparle algo á Dios?

El autor conoce de sobra las leyes de la narración para ignorar los compromisos que le hace contraer este corto prefacio; pero conoce bastante la *Historia de los Trece* para estar seguro de no colocarse nunca por debajo del interés que debe inspirar este programa. Le han sido confiados dramas sangrientos, comedias llenas de terrores, novelas en que ruedan cabezas secretamente cortadas. Si algún lector no estuviere hartado de los horrores friamente confiados al público de poco tiempo á esta parte, podría revelarle enormes atrocidades, sorprendentes tragedias de familia, á poco que manifestase deseos de saberlas. Pero ha escogido preferentemente las aventuras más suaves, aquellas en que las escenas puras suceden á la tormenta de las pasiones y en que la mujer se muestra radiante de virtudes y de belleza. Para honor de los Trece, hay tales casos en su historia, que tal vez ésta adquiera algún día el honor de ser parangonada

con la de los filibusteros, ese pueblo aparte tan curiosamente enérgico, y tan simpático á pesar de sus crímenes.

Cuando el relato es verdadero, un autor no debe convertirlo en una especie de juguete de sorpresa y no debe pasear al lector, como hacen algunos novelistas, de subterráneos en subterráneos, llenando cuatro volúmenes para enseñarle un cadáver seco y decirle, á modo de conclusión, que siempre le ha causado miedo una puerta oculta por un tapiz ó un muerto dejado por descuido bajo un pavimento. A pesar de su aversión á los prefacios, el autor ha tenido que encabezar este fragmento con estas frases; *Ferragus* es un primer episodio que está unido por invisibles lazos á la *Historia de los trece*, y cuyo poder, adquirido naturalmente, es lo único que puede explicar ciertos resortes sobrenaturales en apariencia. Aunque á los narradores les está permitido emplear cierta coquetería literaria, al convertirse en historiadores deben renunciar á los beneficios que procura la aparente extravagancia de los títulos en que se fundan hoy algunos éxitos. Así es que el autor explicará aquí sucintamente las razones que le han obligado á aceptar nombres poco naturales en apariencia.

Según una antigua costumbre, Ferragus es un nombre tomado por un jefe de los *Devorantes*. El día de su elección, estos jefes se constituyen en continuadores de las dinastías devorantes cuyo nombre les agrada más, como hacen los papas á su advenimiento; de suerte que los *Devorantes* tienen *Moja-la-ropa IX*, *Ferragus XVII*, *Tutano XIII*, *Masca-Hierro IV*, como la Iglesia tiene sus Clemente XIV, Gregorio VII, Julio II, Alejandro VI, etc. Ahora ¿qué son los *Devorantes*? Devorante es el nombre de una de las tribus de Camaradas que se originaron de la gran asociación mística formada entre los obreros de la cristiandad para reconstruir el templo de Jerusalén. El *compañerismo* existe aún en Francia en el pueblo. Sus potentes tradiciones, para cabezas poco avisadas y para gentes que no son bastante instruídas para faltar á sus juramentos, podrían servir de base á formidables empresas, si algún genio vulgar quisiese apoderarse de estas diversas sociedades. En efecto, en ellas todos los instrumentos son casi ciegos, y desde tiempo inmemorial, de villa en villa, existe para los compañeros una Obada, especie de topo llevado por una madre vieja, medio bohemia, que no tiene nada que perder, que sabe todo lo

que pasa en el país y que por miedo ó por costumbre, es adicta á la tribu que le procura albergue y alimentos. En fin, este pueblo que cambia, pero que está sometido á inmutables costumbres, puede tener ojos en todos los lugares y ejecutar en todas partes una voluntad sin juzgarla. Por otra parte, el cuerpo entero profesa doctrinas bastante verdaderas y bastante misteriosas para electrizar patrióticamente, á todos los adeptos si aquéllos recibiesen el menor desarrollo. Además, la adhesión de los Compañeros á sus leyes es tan apasionada, que las diversas tribus se entregan entre sí á sangrientos combates, á fin de defender algunas cuestiones de principios. Afortunadamente para el orden público actual, cuando un Devorante es ambicioso. construye casas, hace fortuna y deja el compañerismo. Habría muchas cosas curiosas que decir acerca de los *Compañeros del deber*, rivales de los Devorantes, y acerca de las diferentes sectas de obreros, de sus usos, de su fraternidad y de las relaciones que les unen con los francmasones; pero estos detalles no vendrían aquí á cuento. El autor añadirá únicamente que bajo la antigua monarquía no dejó de darse el caso de encontrar un Moja-la-sopa al servicio del rey, teniendo plaza por ciento y un años en sus galeras, pero dominando siempre desde allí su á tribu y siendo consultado religiosamente por ella; después, si dejaba su chusma, estaba seguro de encontrar ayuda, socorros y respeto en todos los lugares. Ver á su jefe en galeras, no es para la tribu fiel, más que una de esas desgracias de que sólo es responsable la Providencia; pero que no dispensa á los Devorantes de obedecer al poder creado por ellos. Viene á ser esto el destierro momentáneo de su rey legítimo, que no deja por eso de ser su rey. He aquí, pues, el prestigio novelesco del nombre de Ferragus y del de los Devorantes, completamente disipado.

Los Trece eran todos hombres templados, como lo fué Trelawney, el amigo de lord Byron, que engendró, según dicen, el *Corsario*; fatalistas todos, gentes de corazón y de poesía, pero aburridos de la vida sosa que hacían, y arras-trados hacia los goces asiáticos con fuerzas tanto más excesivas, cuanto que, adormecidas por mucho tiempo, recobraron al despertar toda su furia. Un día, uno de ellos, después de leer por segunda vez la *Venecia salvada*, después de haber admirado la unión sublime de Pedro y de

Javier, pensó en las virtudes propias de las gentes que viven fuera de la ley, en la probidad de los presidios, en la fidelidad de los ladrones entre sí, en los privilegios del exorbitante poder que esos hombres saben conquistar confundiendo todas las ideas en una sola voluntad; encontró al hombre más grande que á los hombres. Presumió que la sociedad debía pertenecer á gentes distinguidas que uniesen á su talento natural, á sus luces adquiridas y á su fortuna, un fanatismo bastante ardiente para fundir en una sola estas diferentes fuerzas. Desde entonces, inmenso de acción y de intensidad, su poder oculto, superior al de la sociedad, derribaría obstáculos, anonadaría las voluntades y daría á cada uno de ellos el poder diabólico de todos. Este mundo aparte en el mundo, hostile al mundo, sin admitir ninguna de las ideas del mundo, sin reconocer ninguna ley, sin someterse más que á la conciencia de la necesidad, sin obedecer más que á un deseo, obrando por entero para uno solo de los asociados cuando uno de ellos reclamase la asistencia de todos; esta vida de filibusteros con guantes amarillos y con carroza; esta unión íntima de gentes superiores, frías y sarcásticas que sonreían y maldecían en medio de una sociedad falsa y mezquina; la seguridad de hacer que se encorvase todo á su capricho, de hurdir una venganza con habilidad y de vivir en trece corazones; la dicha continua de ocultar un odio secreto á los hombres, de estar siempre armado contra ellos y de poder reconcentrarse en sí con una idea más de la que abrigaban las gentes más notables; esta religión de placer y de egoísmo, fanatizó á trece hombres que reanudaron la sociedad de Jesús en provecho del diablo. Aquello fué horrible y sublime, el pacto tuvo lugar y duró precisamente porque parecía imposible. Hubo, pues, en París trece hermanos que se pertenecían y se desconocían todos en el mundo; pero que se encontraban reunidos por la noche como conspiradores sin ocultarse ningún pensamiento, provistos de una fortuna semejante á la del viejo de la Montagne, con entrada en todos los salones, intervención en todas las cajas y poniéndolo todo sin escrúpulos á servicio de su capricho. Ningún jefe los mandó, nadie pudo arrogarse este poder, y la pasión más viva y la circunstancia más exigente eran las que imperaban. Fueron trece reyes desconocidos, pero reyes en realidad, y más que reyes, jueces y verdugos que habiénd-

dose procurado alas para recorrer la sociedad de arriba abajo, desdeñaron ser nada en ella porque lo podian todo. Si el autor sabe las causas de su abdicación ya las dirá.

Ahora, ya puede comenzar el relato de los tres episodios de esta historia que más le han seducido, por el sabor parisiense de sus detalles y por la extravagancia de sus contrastes.

Paris, 1837.

## HISTORIA DE LOS TRECE

---

### EPISODIO PRIMERO

---

### FERRAGUS, JEFE DE LOS DEVORANTES

---

*A Hector Berlioz*

Existen en París ciertas calles deshonradas, cual hombres tachados de infamia, y existen además calles nobles, calles sencillamente honestas, calles jóvenes acerca de cuya moralidad no ha formado el público aún opinión, calles asesinas, calles más viejas que viejas viudas nobles, calles estimables, calles siempre limpias, calles siempre sucias, calles obreras, trabajadoras, mercantiles. En fin, las calles de París tienen cualidades humanas, y por su fisonomía nos imprimen ciertas ideas á las que no podemos resistir. Hay calles que parecen una mala compañía y en las que no quisiera uno vivir, y hay otras donde sentaría uno gustoso sus reales. Algunas calles, como la de Montmartre, tienen una hermosa cabeza y acaban en cola de pescado. La calle de la Paz, es una calle ancha, una gran calle, pero no despierta ninguno de los nobles pensamientos que sorprenden á una alma impresionable en medio de la calle Real, y carece indudablemente de la majestad que reina en la plaza de Vendome. Si os paseáis por las calles de la Isla de San Luis, no atribuyáis la tristeza nerviosa que se apodera de vosotros más que á la soledad y al aire sombrío de las casas y de los grandes palacios desiertos. Esta isla es como la Venecia de